

I

A noventa y seis mil leguas de
la Tierra

Creí, en efecto, acercarme á esa pálida Febe y llegar, súbitamente, arriba de la inmensa cadena de los Apeninos lunares que separa el *Mar de los Vapores* del *Mar de las Lluvias*, no lejos del meridiano central. Reconocí, tales cuales á menudo les observara con el telescopio, los circos y los cráteres de Arquímedes, de Autolicus y de Aristillus, y hube de mecarme algunos instantes encima del *Mar de la Serenidad*.

Me pareció que encontraba nuevamente la huella de las agua desaparecidas y que miraba varios fondos de cráteres sepultados bajo un antiguo diluvio de fango. Me acostum-

bré tanto más pronto á esta contemplación, cuanto que los instrumentos astronómicos nos han familiarizado ya desde hace tiempo con el mundo cercano y cuanto que ciertos detalles de la geografía lunar nos son más conocidos que otros muchos de la geografía terrestre.

Esos circos inmensos, esos cráteres todavía abiertos, esas montañas anulares de abruptos flancos, esas crestas salvajes y pedregadas, esos valles profundos, esas múltiples rajaduras del suelo, las hemos estudiado y las conocemos.

Adviértese allí el resultado geológico de una actividad volcánica considerable; cráteres de tres kilómetros de profundidad y de cien, de ciento cincuenta y de doscientos, de anchura; montañas y picos de seis y de siete mil metros de alto, planicies y rios donde todavía se percibe la acción de las aguas.

Jamás se advierte una nube, nunca efecto alguno de evaporación de aguas ó de condensación de vapores atmosféricos; la atmósfera misma, si aun hay atmósfera allí, debe ser de una rarefacción extremada. Créense encontrar, sin embargo, desde que con nimio cuidado se estudian los menores aspectos de

ese globo vecino, no sólo pruebas de derrumbes actuales, de cambios geológicos en la superficie, sino que también ciertas variaciones rápidas sobre el suelo de las regiones bajas donde quizá, y relativamente, se ha condensado la atmósfera.

Las condiciones orgánicas de ese mundo son en verdad absolutamente diversas de las del nuestro; pero no está demostrado que no exista ahí género alguno de vida, aun cuando sea probable que el período vital de esa minúscula tierra celeste esté mucho más avanzado que el de nuestra patria.

Mi pensamiento se detenía con más miradas sobre el pálido rostro del satélite de la Tierra, y me preguntaba si no había ahí también, en alguna antigua ciudad lunar, en el fondo de algún circo, de algún valle, un sér. que, con los ojos vueltos al cielo, pensara, y contemplara en ese cielo á la Tierra en que vivimos y se preguntara á su vez si no habría séres inteligentes en la superficie de ese globo inmenso que domina perpetuamente arriba de su cabeza y pone á su curiosidad el mismo enigma que su patria nos plantea.

Mientras viajaba así en ese mundo cercano, el astro de las noches había descendido

visiblemente hacia el Oeste, y ví á la izquierda y á cierta distancia de él á una estrella que brillaba con rojiza claridad y lanzaba, á través del espacio, rayos de fuego. No tardé en reconocer en ese astro de rayos ardientes á nuestro vecino planeta Marte, y olvidé á la Luna por esa otra isla celeste, hermana de la nuestra, que tiene con nuestra mansión tantas elocuentes analogías.

Ese es, me dije, el planeta más interesante para nosotros, el que mejor conocemos. Gravita alrededor del Sol á lo largo de una órbita trazada á la distancia media de cincuenta y seis millones de leguas del astro central. La Tierra, en que vivimos, recorre su revolución anual á la distancia de treinta y siete millones de leguas. Hay pues, una veintena de millones de leguas de una órbita á otra.

Precisamente, en los momentos actuales, Marte pasa en la sección de su ruta más cercana á la Tierra; y como una feliz circunstancia hace que los dos senderos no sean ni circulares ni paralelos, la aproximación entre los dos mundos es ahora sólo de quince millones de leguas.

La luz, que emplea un segundo un tercio para atravesar el intervarlo entre la Tierra y

la Luna, emplea doscientos segundos, ó sean tres minutos veinte segundos para franquear el abismo celeste que separa á Marte de la Tierra.

Me pareció que empleaba realmente esos tres minutos en volar hasta allá y olvidé enteramente la alta ventana del palacio veneciano para no tener á la vista sino el nuevo mundo á que me había transportado el vuelo de mi pensamiento.



II

A quince millones de leguas de la Tierra.

Astronómicamente hablando, no es grande la distancia de quince millones de leguas. Aun puede decirse que son dos pasos.

Marte es la primera estación del sistema solar, el primer planeta que encontramos si salimos de la Tierra para visitar las lejanas regiones del cielo.

A medida que salimos de la Tierra, nuestra mansión va perdiendo su aparente magnitud. Vista desde la Luna, parece en el cielo como una luna enorme, de diámetro cuatro veces mayor que el astro de las noches terráneas, y cuatro veces más luminoso, porque